

MANUAL DE URBANIDAD

# COMO COMPORTARSE EN EL MUNDIAL

LUIS CARANDELL

**H**E leído en alguna parte que el gobierno de Kuwait pidió extraoficialmente al Ayuntamiento de Valladolid que fuese preparando 10.000 prostitutas para atender a los 10.000 aficionados que se trasladarán a la ciudad castellana con motivo de los encuentros que va a celebrar allí la selección de su país. El alcalde socialista de la ciudad, González Bolaños «filtró» como quien no quiere la cosa la noticia en una comida con periodistas, y la cosa produjo el revuelo consiguiente. Parece que a los kuwaitíes, que se estrenan ante la opinión pública mundial como estrella futbolística del mundo árabe, les interesa poco la imaginaria barroca del Museo de Escultura y exigen que la ciudad donde ellos van a jugar esté dotada de las mínimas «comodidades».

Un alcalde, y menos si es socialista, no puede, naturalmente, organizar semejante infraestructura sólo para complacer las exigencias de un gobierno con petrodólares. Lo que uno se pregunta es cuál va a ser el impacto que sobre Pucela, nombre fami-

liar de Valladolid en Castilla, va a tener la presencia de los diez mil jeques cuya demanda parece haber quedado insatisfecha. No hay duda que, a estas horas, la llegada de los kuwaitíes ha sembrado ya el pánico entre las «señoritas de Valladolid» y entre sus padres, hermanos y novios si es que estas figuras representan aún lo que solían representar en las comedias costumbristas.

Este de los kuwaitíes es el caso más llamativo del impacto mundialista sobre las ciudades españolas. Pero no es el único. La presencia de *tifosi* italianos, de *hooligans* ingleses, galeses o escoceses y de forofos de todo el mundo va a hacer que las mujeres españolas, que habían conseguido ya cierta libertad de movimientos, recuperen el viejo hábito de estar en casa a las nueve como si volviera a mandárselo su padre, personaje en desuso en los últimos años. Así, el Mundial va a significar cierto retroceso en la moral pública del país, de manera que los visitantes extranjeros se convencen de que la Carmen de España

no es desde luego la de Merimée.

Pero, hay más. Las autoridades policiales ya saben a estas horas que los Mundiales van a traer a una legión de carteristas, proxenetas, prostitutas (no sé quien fue la autoridad que tuvo la pronto abandonada idea de importar un barco de deslumbrantes brasileñas tocadas con sombreros de plumas) y otras gentes que, reforzando a sus colegas nacionales, impondrán su ley en esas semanas y harán brillar de nuevo por contraste la decencia y honradez proverbiales. Súmese a esto la presencia de incontrolados y ruidosos forofos extranjeros dispuestos a romper todo lo que encuentren a su paso, que puede contribuir no poco a superar el complejo de rudeza español mediante la contemplación de la rudeza foránea con la vieja filosofía de que en todas partes cuecen habas.

La palabra «venta», en sus acepciones de marketing resume muy bien los diversos contenidos de la operación mundialista. Es un acontecimiento que va a ser visto por televisión por unos mil millones de personas en todo el mundo hay ante todo una operación de «venta» de imagen. Se trata de «vender España»; no de «vender a España» como en los viejos relatos de traición pero sí vender todo lo que se ponga a mano y no solamente insignias, banderitas, medallas y otros souvenirs para la fabricación de los cuales trabaja la industria desde hace meses. Y de vender también la imagen de un país turístico, hospitalario, divertido, soleado y con virtudes que hagan exclamar a los visitantes a ritmo de pasodoble que «como en España ni hablar».

Políticamente, lo que va a «venderse» es el Estado y la concepción unitaria de España dentro de la diversidad, lo que podría quedar muy reforzado si la selección española hiciera un buen papel o, cuanto más, si lograra ser campeona. Pero también va a venderse la diversidad y, así, los Mundiales son ocasión para presentar en sociedad las nacionalidades y regiones del Estado Español en sus variedades aún mayoritariamente desconocidas por la opinión mundial.

Si usted no tiene nada que vender, si no le gusta el fútbol como juego, deporte o simulacro de guerra ni está entusiasmado con el programa del «Mundial cultural», lo mejor que puede hacer es huir. Y esto es lo que están pensando muchos españoles poco interesados por el espectáculo mundialista que va a desarrollarse no sólo en los estadios sino en las calles de las ciudades-sede. Calcule que serán muchos los que se recluyan en casa echando durante esas semanas



frecuentes ojeadas al televisor y vigilando que las niñas estén en casa a las nueve. O se escapan si pueden hacerlo a las ciudades donde no se celebren encuentros, que gozarán de una prima de «tranquilidad» muy apreciada por un importante sector de la opinión.

Por lo demás, en las familias, se prevén conflictos por la selección de programas televisivos, con una resurrección de la guerra de las generaciones —el partido de fútbol que querrá ver el padre y el concierto rock para el hijo— y de la guerra de sexos, por la audiencia mayoritariamente masculina del «deporte rey». Los estadios estarán llenos pero, en ellos, los españoles serán minoría. Todo visitante extranjero trae entradas para los partidos y no serán muchas las que queden a la venta para la gente del país.

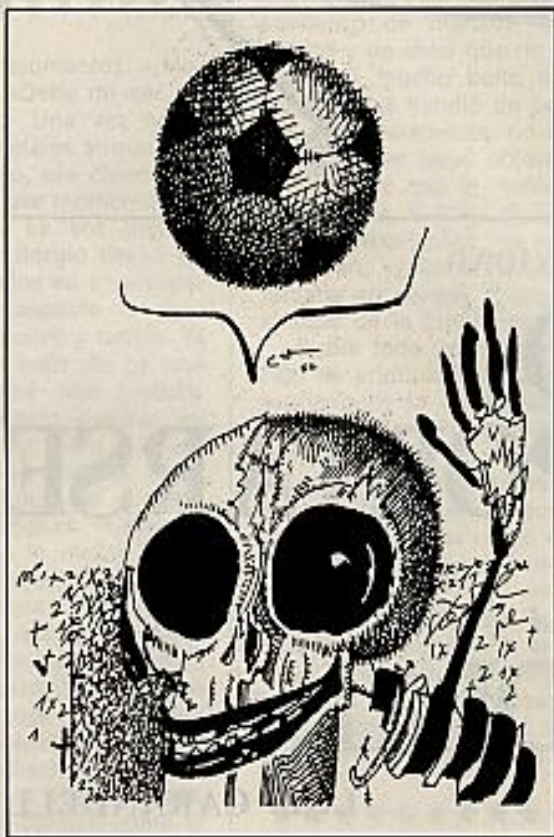
Será de incumbencia de las autoridades del orden público frenar los entusiasmos de los forofos triunfantes o frustrados, asegurar que, cualquiera que sea el estado de embriaguez en que se encuentren, puedan asistir a los encuentros para los que tienen entrada, vigilar que el terrorismo no quiera también «vender» su producto y proteger la confraternización mundial. ¿Se imaginan el éxito que sería que nuestro ministro de Asuntos Exteriores hiciera el saque de honor de un partido Argentina-Inglatera, pacificado y por virtud balompédica el Atlántico Sur?

Los políticos, los industriales, los comerciantes y hasta los particulares que lo deseen (escapar de la ciudad y alquilar el apartamento a precios astronómicos) tendrán ocasión de hacer, en junio y julio, el proverbial agosto. Rentas políticas, rentas electorales, rentas simplemente, amistades, enemistades, matrimonios, noviazgos, ligues, apreturas, coscorriones, todo eso va a ser el Mundial y también algo de fútbol. ■ L. C.



# REFUGIO ATOMICO PARA EL MUNDIAL

MANUEL VICENT



**N**O huyas, no te escondas, no emigres, no pidas la baja en el registro civil, no te metas en el refugio atómico. Dondequiera que vayas un balón de reglamento te perseguirá hasta el agujero más recóndito. Mejor será que aceptes las cosas como vienen y pongas buena cara ante el diluvio de patadas que se avecina. Algunos piensan quedarse en la cama y esconder la cabeza debajo de la almohada durante todo el mes. Otros ya están decididos a arrojar el televisor por la ventana. No hay escapatoria. El mundial de fútbol se ha convertido en una atmósfera. Todo el mundo acabará entrando por el aro. Cuando antes te rindas, mejor. Pero hay que esperar que el equipo español sea eliminado a la primera de cambio para que este campeonato no se convierta en el *La, la, la* de Arconada en las diez miladas filas de UCD.

Esto va por sagas. Primero ha sido el juicio del 23 de febrero. La gente ya se lo ha tragado, con sus ruedas de

molino incluidas. Si Martín Prieto no nos hubiera hecho el favor de escribir en *El País* unas crónicas estelares de esa acampada de golpistas, el tedio se habría apoderado de cualquier alma desde el cuarto día. Ese bolo alimenticio ha pasado ya al intestino ciego de la opinión pública y en este momento llega en su relevo el mundial de fútbol. Es preferible que nos hinchen de goles a que den un golpe de Estado. A fin de cuentas, si el equipo del 23 de febrero hubiera ganado, el campeonato no se hubiera podido celebrar, porque el césped de los estadios habría estado ocupado por una multitud de demócratas con manta y cantimplora. Imagínense el cuadro. Aranguren con una barba de cuarenta días recostado en un poste de la portería. Juan Luis Cebrián envuelto en periódicos censurados durmiendo en una grada. Fran-

cisco Umbral, lívido por el relente, pidiendo un vaso de leche templada al carcelero del segundo anfiteatro. Luis Carandell haciendo acordeones de papel en la lateral de pie. Fernando Savater jugando al dominó con fichas de cartón junto al banderín de córner. Manolo Vázquez Montalbán oliendo la marmita del rancho y teorizando sobre el arte culinario del campo de concentración. Y alrededor políticos, periodistas, líderes obreros y público demócrata en general, tirados en el dique seco, con los pantalones atados con el cordón de los zapatos, a la espera de ser juzgados por el altavoz de 100 en 100.

La democracia necesita un mundial de fútbol de vez en cuando. Entre el veredicto para los golpistas y el escrutinio de las urnas en las elecciones generales que se echan encima, está el marcador electrónico con todo el país cruzado a balonazo limpio. Tampoco está mal una cura de amnesia. A fin de cuentas la democracia debe ser un